

de los elementos activos de los grupos aliados e incluso de los enemigos, esto es, una absorción de élites que lleva a la decapitación política de los grupos subalternos. El transformismo es un fenómeno característico de la "revolución pasiva", esto es, de la revolución-restauración (el cambio que mantiene lo esencial), que encuentra agentes idóneos en aquellos intelectuales que se conciben a sí mismos como árbitros y mediadores de las luchas políticosociales reales.

Gramsci estaba en su tiempo, como los alternativos ahora, del otro lado. Aquel Gramsci cuya apertura a lo tierno y a lo íntimo que revelan sus cartas desde la cárcel a sus hijos, a su cuñada, a su esposa, coexistía con la firmeza moral del luchador no rendido. También por eso no se puede vivir sin Gramsci.

JUAN RAMON CAPELLA  
Catedrático de Filosofía del Derecho

### Biografía de Antonio Gramsci

- 1891. Nace en Ales, Cerdeña, cuarto hermano de una familia de siete hijos de humildísimas condiciones económicas. Su padre tiene un empleo en Correos, que perderá en 1897.
- 1908. Puede estudiar gracias a la ayuda de su madre y sus hermanas. Se matricula en el Liceo de Cagliari.
- 1911. Gracias a una beca de 70 liras mensuales se traslada a Turín y se matricula en la Facultad de Letras.
- 1913. Milita en la Juventud socialista y colabora en el grito del popolo.
- 1916. Entra en la redacción del *Avanti*, el periódico socialista de Turín, como cronista y crítico teatral. Un año después pasa a dirigir el grito del popolo. Lee a Hegel y a Marx.
- 1919. Funda *L'Ordine Nuovo*, un semanario, con P. Togliatti, U. Terracini y A. Tasca.
- 1919-1920. Son los años del llamado Bienio Rojo.
- 1921. *L'Ordine Nuovo* se convierte en diario y casi inmediatamente se produce la escisión de Livorno del socialismo italiano, que da origen al Partido Comunista de Italia; Gramsci es elegido miembro de su comité central.
- 1922. Pasa a Moscú como delegado del PCI en el comité ejecutivo de la Internacional comunista. Enferma y convalece en una clínica de las afueras de Moscú donde conoce a Giulia Schucht, con quien se casaría poco después.
- 1924. Vuelve a Italia. Es elegido diputado. Pasa a ser secretario del PCI, sucediendo a A. Bordiga, cuya línea política combate.
- 1926. Congreso de Lyon del PCI. Su política obtiene el 90 por ciento de los votos. El 8 de noviembre es detenido en Roma.
- 1928. Condenado por el Tribunal especial fascista a veinte años, cuatro meses y cinco días de prisión.
- 1929. Inicia en la cárcel la redacción de sus Cuadernos.
- 1935. Es internado en una clínica de Formia, dado su estado de salud, con el estatuto jurídico de preso.
- 1937. Muere en la clínica "Qui si sana" de Roma, a la que había sido trasladado, durante la noche del 26 al 27 de abril.

## Perfil de sombras

# Ich bin das opfer bin der stoss

Con un verso del poeta simbolista Stefan George arranca esta vez Juan Ramón Masoliver el perfil crepuscular de otro alemán, el doctor Eugen Haas, filólogo, violinista y estudioso de la literatura comparada, a quien conoció en Génova y tuvo invitado en su casa de Vallensana. Azarosa y pintoresca trayectoria de un hombre que en la guerra mundial salvó el puerto de Génova de saltar por los aires o en la posguerra recorrió la pintoresca España del estraperlo.

### JUAN RAMON MASOLIVER

Estocada y víctima a la vez, qué mejor retrato que ese verso del altivo "Yo soy el Uno y Ambos soy" de su admirado Stefan George, de quien por lo demás era que ni pintado: la despejada y amplia frente en huída, para atrás el leonado cabello lacio, abultados los temporales, hondas las cuencas para un mirar azul de acero, si harto mayor era su estatura, sin sombra de engolamiento ni, menos que menos, la divinación de un efébo Maximin (lo suyo, se verá, era no pasar por alto "fembra plazertera"). Como también del maestro le distinguían los largos y ágiles dedos de violinista, que era lo suyo cuando descansaba de la filología y de su aplicación a la literatura comparada, que a fuer de discípulo de Thibaudet en Ginebra, de Cesario en Palermo, de Gundolf en Heidelberg, como la propia hablaba otras cinco lenguas, la nuestra entre ellas.

Y en castellano se me presentó al otro día de mi llegada a Génova y su Facultad de Letras, entonces todavía en un lóbregc y ruinoso caserón de Vía San Luca. En Berlín fue íntimo del veterano García Díaz, el sabio Eugenio Asensio Barbarín, el peruano Haya de la Torre, fundador del entonces revolucionario APRA, y demás habituales de la mítica y españolísima Pensión Latina, y por ahí comenzó la conversa y el convertirse en mi Virgilio zeneize (desembarcado de París, en clase mi español lo aclaraba aún en francés). Ahí del nocturno deambular por las callejas y plazuelas de la vivacísima Génova medieval, siempre topando con el exageradamente amistoso Alfredo Schiaffini, tan sabio filólogo como sospechoso de ser agente de la secreta OVRA. Lo que al cabo nos movió a levantar nuestros respectivos reales —mi camaranchón de la Piazzetta Serra, el lujoso hospedaje que él compartía con el economista y poeta Sella, emparentado con los Saboya, y el mercantilista Minoletti, nada fascistas en verdad— y tomar más ventilado acomodo donde las Rossi, madre e hija, en una parva quinta encaramada sobre la Meridiana y el puerto. Con los domingos en la próxima y siempre primaveral Nervi; o hasta Rapallo, a causa de la co-

mendaticia que James Joyce me diera para el poeta Ezra Pound. Y en verano, aprovechando el ofrecimiento de Saviotti, director del semanario literario *L'Indice*, instalarnos en la planta baja, con tenis anexo, de su villa de Rapallo. Y no movernos ya de la perla del Tigullio sino para las semanales dos mañanas y pico en que supimos acumular nuestras clases de lectorado, alemán el suyo, castellano y catalán el mío.

Me estoy refiriendo a Eugen Haas, Dr. Phil. por Heidelberg, y antes próximo al ilustrado y exquisito grupo renano de George, donde el gran Gundolf, el filólogo Klages, el poeta e historiador Bertram, el esteta Wolters y, por supuesto, el joven conde Stauffenberg, aquel militar que años después, heroico mutilado de guerra, pondrá la bomba a Hitler y acabó en el patíbulo. Sin perjuicio de que en sus estadias berlinesas se hallase Haas en el cogollo del vanguardismo weimariano, a fuer de íntimo de los propietarios de la gran editorial Ullstein: los hermanos Hess (medio novio de la intrépida Maria, ello no fue óbice para que en la sentimental despedida coincidiera ésta, en la estación y sin saber unas de otras, con otras tres y amantísimas novias).

Vida más sosegada, en Génova. Asiduo del cónsul general alemán Lidner, un Thomas Mann calcado, también de esposa morena y medio judía, con ésta al piano y Haas al violín teníamos las grandes veladas, o en disquisiciones literarias, mientras iba cuajando el noviazgo con la hija única, recién salida de un refitolado instituto helvético. Pero ya en la otra punta de la ciudad, en la residencial Albaro, tejía



Leonina cabeza, cual la de su admirado Stefan George



Eugen su peligroso tapiz con el cosmopolita y culto matrimonio Nícoli, arquitecto él, dotada de poderes mediánicos Paola. Y de unos y otros se salvó al instalarnos en Rapallo. Aquí el enredo fue con la hermosa e inteligente Berthe, aristócrata belga amiga de Crommelynck y de Kokoschka que todo lo había dejado por el genial y alocado compositor alemán Gerhart Münch, una especie de joven Mozart con quien anduvimos de tronco, además del poeta inglés Bunting, en torno al astro Pound. Si Münch sería el perno para las temporadas musicales de Rapallo, con resonancia internacional, promovidas por Pound (el otro perno era su amante, la violinista americana Olga Rudge); de Eugen fue adentrar a Ezra en los entresijos de la Kulturmorphologie del adorado Leo Frobenius; como del propio Haas, Bunting y yo, en unión del filósofo angloindio Dodsworth, llevar los *affari esteri* en el suplemento literario —encomendado a Ezra— del local *Il Mare*.

De veraneo en Vallensana, tuvo Haas que bajar a Barcelona para pilotar a una amiga de Maria Hess, en viaje —con su madre— de estudios artísticos por España: era la interesante Sigrun von Franqué, linaje de hugonotes franceses y ahora con castillo junto a Düsseldorf, y la esposa del Geheimrat y famoso tocólogo no paró hasta llevar a Eugen a justas nupcias. Llamado en el ínterin a Roma por el Instituto Central de Estadística, el ex lector entraría de lleno en el ruedo literario italiano; sobresaliente fotógrafo, sería el puntal para la fórmula de grandes *servizi* profusamente ilustrados, instaurada por el semanario *Tempo* de Alberto Mondadori, y el más solicitado eternizador de divas y aspirantes de Cinecittà. Todo, reconozcámoslo, por zafarse de la creciente marea nazi que se venía sobre sus compatriotas.

La guerra ya. En la movilización de su quinta tuvo la suerte de quedar como soldado raso al servicio de la embajada, cuyo titular, el cultísimo Otto Rahn, había sido su inseparable en los años de Heidelberg (y próximo a la georgeana "Blütter für die Kunst", también). Y ahí es donde el ingenio y *savoir faire* del nuestro llegan a colmo: previniendo a los amigos italianos, escritores y artistas, si corrían peligro; librando de segura muerte a partisanos como Cesaretto, el hijo de La Cisterna, nuestra habitual *trattoria* transteverina; jugar a fondo con los antiguos compadres, los portuarios de Génova, hasta conseguir —en secreto acuerdo con Rahn, por supuesto— que la Wehrmacht no llegase a dinamitar aquel puerto. Etcétera. Servicios que en las subsiguientes y expeditas depuraciones le serían pagados, con creces, por la clase intelectual; y por los portuarios y los nuevos ediles de la Superba, alojándose en una villa de Albaro.

Una etapa más, la España del estraperlo y los permisos import-export. De punta a punta la corría por cuenta de un marqués y del viejo portuario Baschieri, genoveses y con patafísicos negocios, como el de no sé qué agua milagrosa. Y en esas le tocó cierta estadía en la cárcel de Córdoba, por lo demás tan muelle que a las tardes se iban de copas. Lo cual le permitió, a seguido, que nuestro viejo amigo el filósofo Pep Calsamiglia —quien con el abogado Argullós montó la imprenta y editorial Ariel—, ya

que no juzgó oportuna la traducción de una germánica Enciclopedia del Seguro en no sé cuántos tomazos, tan de formación alemana él, le aceptase el plan de una "Epikureische Spanien" que a Haas llevaría a acopiar "in situ" todas las delicias, del clima y monumentos al comer y beber y arder, de la Piel de Toro a bordo de su viejo Mercedes. Hasta que —siempre en su doble ser, *Opfer* y *Stoss*, *Bogen* y *Bolz*, *Feuer* y *Holz*— en uno de sus garbeos has-

ta Alemania, por la familia (Mikaela, la hija única, de arqueóloga en Méjico había pasado a la banda de Cohn-Bendit), un derrame cerebral bajó el telón sobre tan pletórica y accidentada etopeya. Arrancándome, de paso —"tu duca, tu signore e tu maestro"—, toda una ala.

JUAN RAMON MASOLIVER  
Escritor y crítico literario

## — Recuerdo — de Bruce Marshall

JOAN GOMIS

Hacia fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, bastantes jóvenes católicos de estas tierras, disconformes con muchas cosas de la Iglesia de la época, encontramos gran ayuda en diversos escritores cristianos extranjeros. Péguay, Bernanos, Greene, Mauriac, Waugh... Había otro novelista británico, Bruce Marshall, que con gusto lo incluíamos en el grupo, aunque podía ser considerado menor al lado de los citados.

*Cirios amarillos por París*, *El milagro del padre Malaquías*, y para mí sobre todo *El mundo, la carne y el padre Smith* nos parecían muchísimo más iluminadores y cercanos a un cristianismo auténtico que tantas predicaciones, usos y costumbres oficiales en la Iglesia de la época. Marshall era un novelista hábil, legible, con mucho sentido del humor, con toques sabios de sentimiento y ternura. Su mundo era casi siempre el mundo de los eclesiásticos, y creo que era precisamente una desmitificación de este mundo para acercarse al Evangelio. No sé qué parecerían hoy sus novelas, pero ayer en este aspecto se presentaban como muy anticonvencionales, con libertad de espíritu y aire refrescante.

En todo caso la visión de Marshall correspondía a mi sospecha de mocedad, confirmada más aún con los años, de que el cristianismo es algo demasiado importante para dejarlo sólo en manos de las jerarquías eclesiásticas y los teólogos. Creía que aquellos escritores, y entre ellos Marshall, daban sugerencias mucho más iluminadoras y dignas de crédito sobre las buenas noticias de Jesús que la mayoría de oleadas de palabras que descendían de las cátedras sagradas.

Recuerdo que en una ocasión, a principios de los cincuenta, Bruce Marshall pasó por Barcelona y un grupo de ciervistas fuimos a visitarle al atardecer. Debíamos de parecer unos jóvenes admiradores expectantes en el vestíbulo del hotel Avenida, donde nos recibió. El autor recordaba, como es habitual, un personaje de sus novelas. Agudo, cordial, socarrón, riéndose de lo que no valía la pena tomar en serio y permitía por el contrario considerar seriamente lo poco que lo merecía. Revolvía su cuerpo más bien grueso en una butaca y creo que cojeaba y llevaba bastón. No sé por qué

atribuyo la cojera a una herida de guerra —¿de qué guerra?, era demasiado joven en la primera europea y demasiado mayor para haber sido herido en la segunda—. Era lo que ahora se llama un personaje encantador. Salimos muy contentos de la entrevista.

Después creo recordar que aún publicó alguna novela a la altura de sus mejores. *A cada uno un denario*, concretamente. Más tarde pasó su momento y se esfumó del interés de aquel sector de mi generación. ¿Cambió él? ¿Cambiamos nosotros? En todo caso continuaba publicando novelas sobre personajes eclesiásticos, pero hace muy pocos años traté, durante unas vacaciones, de leer *El obispo*, y no pude reencontrar el encanto de ayer, la agudeza de las observaciones de ayer, y apenas pasé de las primeras páginas.

No sé, por lo tanto, por dónde anduvo exactamente luego el catolicismo y la literatura del simpático Bruce Marshall. ¿Se hizo conservador en su talante? Le perdimos de vista, como a antiguos compañeros de aventuras gratas pero lejanas. Ahora ha muerto, y como católico a la vieja usanza e inconformista, y acaso ambas cosas sean parecidas, en sus novelas hablaba mucho de la muerte y del cielo, paraíso, vida eterna... ese estadio misterioso en el que según el Marshall de ayer eran mucho más importantes los curas y monjas sencillos que los personajes pomposos y los cardenales sapientísimos.

A veces pienso que el cristianismo es la peor explicación del mundo si se exceptúan todas las demás. Aunque esta reflexión parafrasea aquella famosísima sobre la democracia, es por lo menos dudoso que la entrada en el cielo sea por sufragio universal —aunque vete a saber, todo eso es tan misterioso...—. En todo caso, con la puerilidad de algunos de los personajes marshallianos me imagino al autor sentado en un viejo sillón celestial, ya sin cojera, y bromeando sobre algún hecho pasado, presente o futuro de esta humanidad tan extraña presidida por un Dios más extraño aún pero benevolente y sin prejuicios. Y en cualquier caso, recordando todo lo mucho que disfruté y aprendí hace decenios con las novelas de Bruce Marshall, mi voto incondicional es que se ganó con creces su denario.

JOAN GOMIS  
Escritor